



manuel olimón nolasco

historiador

OTRO PASO EN UN LARGO CAMINO DE INJUSTICIAS

Pbro. Manuel Olimón Nolasco

Estoy casi seguro de que en México se dará poca o ninguna difusión y por tanto nula presencia en la opinión pública a una decisión tomada el lunes 7 de julio en la Suprema Corte de Israel acerca de la propuesta, machaconamente sostenida por ocho años, de que el llamado "muro de separación" entre los territorios palestinos e Israel afectara el valle de Cremisan, feraces tierras agrícolas pertenecientes a familias palestinas. Estas tierras cuya ciudad más cercana es Beit Jalá se encuentran en la comarca de Belén y forman una presencia y un patrimonio cristianos desde tiempos remotos. Se trata no sólo de un "pulmón verde" en tierras semidesérticas, sino de un espacio de respiración libre para el estilo de vida cristiano. En estas tierras se cultivan vides de las que se elabora el vino para la celebración eucarística y existen dos conventos salesianos y una escuela para 400 niños pobres (cristianos y musulmanes) que rinde extraordinario servicio a la población cuya situación económica es modesta. La división que el muro impondrá y la puerta controlada que habrá para pasar de un lado a otro cerrará la comunicación entre Belén y Jerusalén y partirá aún más el escaso territorio libre palestino.

La decisión--a la que el vocero de la Corte agregó la condición de inapelable--no sólo es en sí misma una injusticia más sino que constituye una contradicción a la resolución que la misma Corte había dado el 2 de abril del presente 2015 en la que solicitaba a las autoridades militares israelíes trazar una ruta diferente a la que proponían. Por consiguiente, como lo ha expresado Monseñor Guillermo Shomali, vicario del patriarcado latino de Jerusalén, este cambio brusco de dirección en el ya de por sí largo e ignominioso asunto, tiene motivaciones políticas y no de "seguridad" y puede tratarse "[...] de una reacción ante el reciente reconocimiento oficial del Estado de Palestina por la Santa Sede, pues no había habido ninguna reacción importante ante ese

reconocimiento formal. Ahora tenemos la sensación de que, como en otros casos, la respuesta ha llegado con la política de los hechos consumados".

Como se sabe, a partir de 2002 el gobierno israelí comenzó la construcción de una muralla motivada, según se afirmó y se afirma, en la necesidad de garantizar la seguridad de la población de los crecientes asentamientos judíos que sin vergüenza alguna se han venido instalando en territorios ocupados. Potencial violencia, potenciales amenazas terroristas y en una sola palabra *miedo*, han sido los pretextos para negar el libre tránsito, interferir en la vida cotidiana y--como lo han dicho palestinos y sus representantes en diversos foros--*robar* tierras que no les pertenecen. Tesoneramente, a pesar de las abundantes protestas en el ámbito internacional, las autoridades de Israel han seguido adelante con la construcción de colonias judías, no pocas veces formadas por gente radical en su manera de pensar respecto a los "diferentes". En realidad ésta es la causa del desasosiego y el miedo. La Corte Internacional de Justicia, después de una concienzuda deliberación declaró en 2004 la ilegalidad de la muralla, de la que las tres cuartas partes se encuentran en territorios que no pertenecen al Estado de Israel de acuerdo al derecho internacional.

Sin embargo, la arrogancia militar israelí y la postura convenenciera e hipócrita de Estados Unidos (lo mismo con los Bush que con Obama y desde antes) han dejado que las cosas marchen de injusticia en injusticia y que quienes con tanta persistencia han mantenido la imagen de pueblo perseguido sean promotores de esta exclusión de derechos humanos fundamentales. Al regreso de un viaje específico al valle de Cremisan en enero de 2014, Monseñor Richard E. Peters, presidente de la Comisión Justicia y Paz del episcopado estadounidense le escribió a John Kerry, Secretario de Estado: "[...] Cuando vi la belleza de este valle agrícola y escuché el testimonio de las familias cristianas que ven amenazadas sus tierras, su estilo de vida y sus tradiciones, me he quedado escandalizado de la justicia de todo esto".

Es cierto que sobre todo en Europa no han faltado personas, organismos y aun gobiernos que han llamado la atención sobre estas situaciones y que la Iglesia católica tanto en su dimensión internacional (la Santa Sede) como a cargo de diferentes Conferencias Episcopales ha estado pendiente de lo que sucede y no ha dejado de levantar la voz. El beato Paulo VI desde 1974 hizo pública la preocupación por "las crecientes necesidades de los cristianos en la Tierra Santa", pues comenzaba a notarse ya la discriminación a los cristianos, sobre todo cultos, preparados o profesionistas, para obtener ocupaciones adecuadas a sus capacidades y la intención de cambiar la

fisonomía plural desde siglos y la sacralidad de los Lugares Santos por una hegemonía judía. En una conversación que tuve en febrero de 1994 con profesores de la Escuela Bíblica de Jerusalén, que tienen además a su cargo la parroquia de San Esteban en el sitio tradicional de su martirio, me refirieron ya entonces el lento pero imparable éxodo de los habitantes cristianos de la tierra de Jesús.

Un pequeño cambio aceptó la Corte en medio de la absurda decisión de julio, pues la de febrero que parecía definitiva consideró válida la argumentación de solidez irrefutable que presentó la parte palestina acerca del daño que se causaría y la futilidad del argumento de "seguridad": los conventos salesianos y la escuela no quedarán del otro lado del muro y tendrán comunicación desde Beit Jalá. No obstante, queda en pie la amenaza de que desaparecerá un símbolo de las raíces cristianas en la Tierra Santa y se empujará al éxodo a poblaciones valiosas.

En 2008 la película "El limonero" del cineasta israelí Eran Riklis puso frente a la opinión mundial un caso en buena parte ficticio que anunciaba en cierto modo lo que ahora pasa en el Valle de Cremisan: la lucha de una mujer palestina para defender su patrimonio ante la prepotencia del ministro de Defensa de Israel y la primero silenciosa y después abierta solidaridad con ella de la esposa del ministro. Se trató--como lo dijo la crítica española Eva Pereiro--de "una metáfora bella y desasosegante" de una situación real. Ahora ya no es metáfora sino realidad dramática la que se presenta. Por más que la publicidad israelí y la conspiración del silencio de las agencias informativas occidentales quieren diferenciar el muro de Berlín del que se levanta en la Tierra Santa y sus consecuencias, la analogía es patente: no la "seguridad" sino el miedo los han levantado. Los directivos de Alemania Oriental sostuvieron que el muro era precisamente para salvaguardar la seguridad de sus ciudadanos.

Sin embargo, la injusticia sólo puede avergonzarse delante de la verdad y la justicia. Y no he encontrado mejores palabras para ilustrar este dicho que las que se encuentran escritas en árabe en una pared exterior del convento de religiosas salesianas de Beit Jalá: "Llegará un día sin fronteras; en el que el único pasaporte será el corazón".

(Fuentes principales: Agencias católicas Fides, ACINoticias.- Centro St. Yves de Derechos Humanos. Jerusalén.- Documental: Centro Popolis. Italia, 2012)